

LA ORDEN DE CABALLERIA EN LA ALTA EDAD MEDIA

por JOAQUIN DE SOTTO Y MONTES
Coronel de Caballería, del Servicio de Estado Mayor

I. HACIA EL FEUDALISMO

La Roma Imperial, aquel inmenso municipio que durante casi tres siglos de Pax Romana había intentado encerrar al mundo dentro del recinto de una ciudad, ciertamente grandiosa, pero insuficiente para tamaña empresa, fatalmente debería fracasar, tanto más cuando sus gobernantes y también sus gobernados habían perdido la mística de la *Idea del Poder*, que tantas glorias proporcionó en otros tiempos a sus antepasados.

Al romperse los muros protectores de la civilización de Roma, los pueblos por ella sojuzgados: españoles, africanos, persas, griegos y asiáticos, hasta entonces ciudadanos del Imperio por la ley del más fuerte, aunque también enconados enemigos de la Ciudad Eterna, faltamente habían de caer, durante los primeros años de su forzada infancia naturalmente incierta, bajo otra influencia: la del *Bárbaro*.

A partir del siglo v en que se inicia la Edad Media, esto es, al ocaso del Imperio romano de Occidente, las irrupciones de los bárbaros, al principio esporádicas y más tarde continuadas, se suceden, y la ruina y la desolación de Europa constituyen hecho consumado. Cuando, pasado algún tiempo, se inicia la sedimentación de las pasiones y apetencias, cuando comienza a alborear la calma y los espíritus hasta entonces un tanto agitados buscan, sedientos, un remanso de paz, el mundo se nos presenta transformado y su geografía política ofrece mutaciones muy apreciables: en Inglaterra, dominan los sajones; en Iberia, los visigodos; en tierras italianas, los ostrogodos y lombardos; en las Galias transpirenaicas, los galos, y sistemáti-

camente todos los pueblos, inclinados antes hacia el exterminio y al terror, tan sólo atentos a destruir en beneficio propio la civilización romana, posiblemente sin proponérselo, comienzan a edificar la Edad Media, cuya piedra angular es el *Feudalismo*.

II. EL FEUDALISMO

Fue costumbre entre los guerreros bárbaros, cuyo sentimiento de idea del Estado era un tanto difusa, el que al establecerse sobre un país conquistado sus tierras fueran repartidas. Mas como tal dominio por la ley del más fuerte estaba constantemente amenazado, bien por sublevación del vencido, cuya vida hacían insoportable, ya por otra nueva invasión, los primeramente llegados al país procuraban asegurar sus derechos y ventajas mermando o anulando la libertad de sus vasallos. Naturalmente, este sistema de gobierno, si a tal forma se le puede llamar gobernación, no podía acarrear más que el descontento producto de la injusticia, la incuria, el atraso, las enfermedades epidémicas, el vasallaje hasta casi la esclavitud, y el exterminio de pueblos y ciudades.

Desde los comienzos del siglo v hasta los albores del ix, Europa se presenta ante la Historia como un hervidero de pasiones y remolino de ideas, lo que unido a la variedad de razas, costumbres y creencias, fatalmente había de provocar el choque entre ellas, la lucha sin cuartel y sangrienta de las familias, la asolación y exterminio de los estados, y por último, el hambre, la lepra, la peste y el oscurantismo más desafortunado, deprimente y cerril; hasta que pasado el tiempo, los torrentes de luz divina irradiada del crucifijo comienzan a extender entre las gentes la verdad sobre el motivo, fundamento y fin de la existencia del hombre sobre la tierra.

Con el inicial oscurantismo del medievo, la ciudad es prácticamente inexistente, y el hombre huye de su semejante; el que sabe matar, el guerrero y no militar, levanta su castillo a imitación del ave de rapiña su nido, para desde él otear el horizonte en busca de nueva presa, y con sus correrías de bandolero sembrar la desolación y la muerte. El que no sabe herir o a su espíritu repugna la destrucción, se aleja a lo más fragoso de la montaña para elevar una ermita y adorar en ella y lejos del mundo enloquecido a Dios, cuya santa ira venimos desafiando los mortales. He aquí, a grandes

rasgos, los albores del mundo feudal, aún no iluminado por la divina fe.

Fortuna fue, que en medio de tanto horror, terminara por germinar en los espíritus la fe en Cristo, un tanto extraviada por la moral de la sociedad de entonces, opuesta a la del Evangelio, pero ardiente y fuerte en sí misma para poder triunfar sobre las inteligencias, tan pronto como cesó la ofuscación producida a la vista de la sangre.

No obstante, como después podrá verse, este cuadro inicialmente sombrío del primer tiempo del feudalismo, paulatinamente se fue aliviando, y hacia los comienzos del siglo ix la sociedad europea, sin perder sus caracteres dominantes, los compensó en parte con ciertas virtudes y cualidades desarrolladas a la sombra de la Institución Militar de la Orden de Caballería, apoyada en una especie de religión del honor, y cuyas características fundamentales residían en el valor y en la lealtad, traducidas en el fiel cumplimiento de los pactos y promesas, en la defensa de la religión, en la protección del débil y desamparado, etc. Tal Instituto de verdaderos caballeros contribuyó, en gran parte, a dar a la sociedad europea caracteres más nobles, aunque su influencia fuera nociva al Arte Militar.

III. ESTRUCTURA FEUDAL Y SU ORGANIZACIÓN MILITAR

El complejo sistema feudal reposaba sobre los dos siguientes extremos: distribución del terreno y descentralización administrativo-jurídica. La unidad administrativa, de justicia y en general de mando, era el «Feudo de Caballero».

En general, en los países occidentales, tal estructuración se operó ciñéndose al desarrollo de los acontecimientos locales y, desde luego, en forma desordenada y anárquica; sin embargo, en Inglaterra después de la invasión normanda, el reparto de las tierras y poderes se desarrolló con arreglo a un plan de conjunto, del cual puede encontrarse otro ejemplo en el Imperio Romano de Oriente, después de la captura de Constantinopla por las Cruzadas, en el 1204.

No es de extrañar, pues, que el sistema feudal en Oriente tuviera un proceso de implantación verdaderamente rápido y en una sola fase, ya que la experiencia existía en Occidente tras un período de más de un siglo. Así, previa una información catastral rápida y profunda, llevada a cabo por grupos de delegados en las provincias

conquistadas, el Emperador Balduino de Constantinopla (Conde Balduino IX de Flandes) y su Consejo, definieron la unidad «Feudo de Caballero», sobre la base de un ingreso metálico de unos 12.000 francos-oro.

La repartición inicial entre los Condes, Barones y Señores de importancia, se llevó a efecto a base de conceder los títulos de vasallaje sobre los índices de 200, 100, 50 y 20 «feudos unidad». Después de la conquista del Peloponeso, que seguidamente quedó transformado en el Principado de Achaïe, hubo, por ejemplo, una docena de Baronías, cuyo valor se estimaba entre los 24 a 4 «feudos unidad», y algunas de éstas fueron concedidas a los prelados y también a las Ordenes Militares de los Templarios, Hospitalarios y a los Caballeros Teutones. Existen antecedentes históricos de que un Príncipe de Morée explicó con toda clarividencia el referido sistema al Emperador griego Paléogue, de esta guisa: «Los Cruzados han adquirido con la espada el país de Morée, y se lo han repartido *equitativamente*. Cada uno de ellos ha obtenido según su importancia... A continuación, han elegido su Jefe y establecido convenios escritos..., él (el Jefe) no tiene poder para juzgar él sólo, ni hacer nada sin el consejo y la voluntad de sus compañeros...».

Tal democrática noción administrativa, debió asombrar a un emperador por definición autócrata.

Es bien conocido el que por medio de una «Carta» se establecían y precisaban los deberes y derechos recíprocos. Por lo que se refiere a los deberes militares, que son los de mayor interés para este estudio, señalaremos que su estipulación era: cada feudo, en principio, debía proporcionar un Caballero o dos Lugartenientes montados. La duración del servicio variaba con arreglo a la naturaleza del vínculo de vasallaje; así, el *hombre ligio*, directamente ligado a su señor, estaba obligado a cuatro meses de campaña (para las cabalgadas), otros cuatro de guarnición señorial e igual tiempo descansaba en su propia residencia. El *hombre de simple homenaje*, no hacía más servicio que el especificado en su «carta» de concesión, generalmente el de las Cabalgadas. Es evidente, que deberes más restringidos reflejaban ventajas o derechos (administrativos y judiciales) más limitados. En caso de necesidad, el Señor demandaba la prestación de servicio por medio de mensajes o señales luminosas transmitidas de torre a torre, cuyo resultado era siempre la total movilización de los Caballeros y Lugartenientes en plazos de tiempo verdaderamente reducidos.

El Soberano o el Señor mandaba el Ejército mediante el concurso del Consejo de los hombres-ligios. Los defectos de semejante sistema —que naturalmente chocan con las modernas concepciones— saltan a la vista: extremada diseminación del Ejército, en el que gran parte de sus elementos vivían aislados y dispersos en sus tierras feudales; relativa facilidad para sustraerse a sus obligaciones y compromisos y, por último, total ausencia de cohesión y preparación. Sin embargo, en justicia debe indicarse que a partir del momento en que el feudalismo supera su estado inicial de organización, entonces bárbaro y primitivo, y cuando la Orden de Caballería adquiere una especie de alma colectiva, forjada en la virtud, el valor y la lealtad a la causa común, raros son los vasallos que al oír el pregón de su Señor no acudan con urgencia al lugar de asamblea. No obstante, tal sistema aún primitivo, no podía sobrevivir más que descansando sobre la ética propia de la Caballería y nunca apoyada en medios coercitivos; de aquí, que los factores morales de aquella época adquirieran enorme importancia.

IV. EL CABALLERO

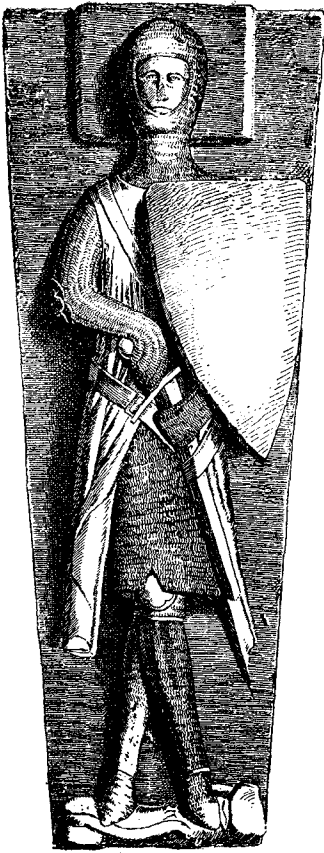
En la Edad Media, durante la oscura época del feudalismo, la fuerza militar reposaba esencialmente sobre el Caballero: duro jinete y guerrero profesional, con medios económicos suficientes para hacer frente al gasto de sus armas y equipo. Mucho ha cambiado el significado de tal denominación desde los inicios del siglo v a nuestros días. Antes de la implantación de los feudos, el Caballero que más bien era un guerrero sin preocupaciones de linaje, no podía subsistir más que entrando al servicio de algún Señor y, desde luego, en detrimento de la sociedad, ya que su misión siempre bélica se orientaba hacia el beneficio unilateral, nada en común con el resto de sus compatriotas. El presunto Caballero, al igual que lo habían hecho sus abuelos bárbaros, alquilaba sus brazos, sus armas y su valor al mejor postor, sin preocuparse excesivamente de la justicia de la causa a defender o del beneficio de su pueblo, y sí de la paga o las mercedes a recibir; en resumen, estos paladines, al menos en su mayor parte, aun con la mejor voluntad, no pueden ser catalogados más que dentro de unos vulgares mercenarios. El trovador Beltrán de Born, que al parecer en su tiempo fue ejemplo de tales caballeros, pobres en recursos económicos y ricos en

aspiraciones, nos ha legado una descripción bastante clara de lo que consistían las misiones de un Caballero durante una expedición o correría, que terminaban en verdaderos actos vandálicos de violaciones y depredaciones. En su descripción manifiesta el gozo al ver huir a las gentes y ganados, al contemplar los fuertes castillos sitiados, las murallas rotas y hundidas; y dice «que todo hombre de buen linaje no debería pensar más que en romperse la cabeza y los brazos, ya que vale más morir que vivir vencido».

Es natural pensar que, entonces, las épocas de paz —bastante raras por cierto— no podían ser más que unos tiempos molestos, de mermados ingresos y de pocos éxitos bélicos. Aquel régimen atroz de las guerras privadas que sucedieron a los espantosos períodos de las invasiones bárbaras, no ha podido ofrecer a la Historia —salvo contadas y honrosas excepciones— más que un tipo de *guerreadores* impenitentes, en los que la violencia, la grosería, la crueldad y la ausencia de cualquier escrúpulo, constituían sus manifestaciones *humanas* más sobresalientes.

Con la facultad conferida más tarde a los feudos de que el servicio permanente fuera a sueldo, con el vasallaje y sus estrictas reglas, el Caballero se fue estableciendo más fijamente y, también, regularizando hasta cierto punto su situación económica, al contratar ciertas obligaciones y aceptar integrarse dentro de una jerarquía social; sin embargo, la guerra continuó, siendo ésta su verdadera función y su natural destino. Toda su educación tendía hacia ella, para la que se preparaba constantemente, bien mediante la caza, los juegos violentos o los torneos y justas, tan en boga en aquel tiempo. Es bien conocido que las manos de aquellos caballeros desconocían el uso de la pluma de ave para escribir, pero lo que nunca ocurrió es que sus brazos no se hubieran ejercitado en la esgrima, o que sus manos no supieran cerrarse para mantener las riendas de un bridón.

Cuando en un determinado feudo, por gracia de Dios o clarividencia de su Señor, reinaba la paz, sus indómitos guerreros educados y forjados para la lucha, con disculpas distintas, salían en busca de nuevas aventuras, que al decir de la época les dieran más honra: emigrando, pues, a otras tierras más bélicas, para allí contratar sus servicios al mejor postor. Tal ha sido el origen de los «Caballeros Andantes», a los que las consejas y el romance, más que la propia Historia, han venido tratándoles como héroes de leyenda. El nomadismo en aquellas épocas constituye un fenómeno general, rico en numerosos ejemplos: los Caballeros feudales que guerrearon con-



Estatua de un caballero templario, armado, en la primera mitad del siglo XIII. (Dibujo según un relieve de la catedral de Salisbury, Inglaterra).



Equipo de un caballero inglés a últimos del siglo XIII. (Dibujo de un relieve existente en la iglesia de Hitchendon, Inglaterra).



Noble en campaña. (Miniatura del *Beato del Apocalipsis*. Catedral de Gerona).

tra los árabes a lo largo de la geografía española desde el Norte hasta las costas aragonesas; la expatriación en masa de los Caballeros normandos para crear con su esfuerzo un nuevo Estado en el Sur de Italia; los múltiples aventureros enrolados en las tropas del Emperador de Bizancio; en fin, los primeros contingentes de Cruzados paladines de la fe en Cristo ante las hordas infieles de Oriente.

Pasadas algunas centurias de años, a mediados del siglo XII, aquella Caballería feudal, nómada y bárbara, al ennoblecerse en todos los sentidos bajo la doble influencia del cancionero de sus gestas y el de las normas morales y espirituales de la Iglesia, se hace más estable en sus castillos; y sin perder sus cualidades guerreras, mediante la práctica del «espaldarazo», por medio del cual el hombre de guerra se transforma en noble al ser armado Caballero, entra en un nuevo orden social, más honorable y también más exigente en sus reglas morales, orientadas hacia un honroso ideal.

V. LOS CASTILLOS Y FORTALEZAS DEL MEDIEVO

Cuando aún no se conocían los secretos de la tormentaria, la fortificación estaba limitada a rodear con muros más o menos sencillos a las poblaciones. Con la «bastida» o torre de madera que se utilizaba para acercarse impunemente a la plaza, la necesidad de utilizar un foso protector se impuso, y por último, al observarse que a pesar de las «macatanes», especie de parapeto volado y sostenido por repisas de piedra que salían de los muros, aparecían a vanguardia de las plazas espacios considerables muy poco defendidos, se construyeron las «torres» o «cubos» a efectos de flanqueo.

Durante los siglos feudales, con mayor o menor perfección, las viviendas casi en su totalidad eran fortificadas, constituyendo poderosos recintos defensivos. Tales obras, construidas sin un plan de conjunto y sí tan sólo con idea de cubrir localmente las perentorias necesidades de defensa, no pueden ser clasificadas como obras fortificadas. Para encontrar verdaderas construcciones defensivas, es preciso llegar al siglo XVII.

En los orígenes del medioevo (siglos X y XI), las moradas de los señores de «horca y cuchillo» eran un tanto sumarias y primitivas. Erigidas generalmente sobre una elevación del terreno, comprendían: una torre de madera para la observación y centinela, una

bodega o piso bajo, lugar de almacenes y cuadras, y una gran sala común en su piso principal. Todo el conjunto, ceñido por un foso protector. Naturalmente, tal estructura deja mucho de desear ante los proyectiles incendiarios. Más tarde, aparece la anexión de una o dos empalizadas o muros concéntricos, destinados a mantener a distancia a los asaltantes y ampliar las posibilidades de protección a los «villanos» cuando buscaban refugio cerca de sus Señores.

El empleo generalizado de la piedra como material de construcción, no aparece hasta el siglo XII; a partir de tal época, la fortificación adquiere cada vez más importancia como consecuencia del tipo de guerra de aquellos tiempos, así como de las armas que entonces se empleaban.

Las campiñas se presentaban erizadas de castillos-fortalezas, diseminados sobre puntos dominantes para mejor vigilar y cubrir de cualquier peligro la zona. En la mayoría de los casos, el asentamiento de tales construcciones respondía más bien a los intereses locales y particulares de su propietario que a las exigencias de una defensa común; por lo que las acciones bélicas de entonces, que siempre eran producto de enemistades personales o apetencias privadas, tenían un marcado carácter de cabalgadas destinadas a llevar a cabo rapiñas, depredaciones, incendios y demás prácticas de destrucción, casi siempre en detrimento de la población labriega e indefensa.

El sistema de castillos-fortalezas, si bien vivificado por un adecuado pensamiento rector, ya se encontraba en uso en el Próximo Oriente y Grecia cuando las Cruzadas. En tales regiones no aparece el caos y la anarquía, si no un determinado orden, no sólo en la construcción, sino también en la situación de las obras. Por ejemplo, cuando los beneficiarios de los feudos en Grecia se ponían en estado de sitio, utilizaban las antiguas acrópolis o empleaban sus materiales para fortificar otras posiciones naturales. A diferencia de lo que ocurría con las moradas feudales de Occidente, los castillos de Oriente se adaptaban en todo lo posible a las formas del terreno. Algunos carecían de recinto, otros tan sólo disponían de uno con su correspondiente torreón central; sin embargo, esto no significaba que estuviera descartado el sistema de los dos recintos concéntricos o excéntricos.

Concebidos los castillos-fortalezas para vigilar una región recién conquistada y, por tanto bajo amenaza del exterior, tales construc-

ciones constituían además de unos excelentes observatorios, lugares de refugio y verdaderos puntos de apoyo, e incluso zonas de reacción.

Aunque la historia de la guerra sobre plazas fuertes tiene su época más brillante en el siglo XVII, ya durante las últimas centurias del feudalismo y en particular en la Alta Edad Media, la fortificación se hizo a base de castillos-fortalezas, que al actuar como puntos de apoyo, se integraban dentro de un sistema defensivo coordinador, en el que sus distintos elementos se mantienen sobre los itinerarios terrestres de invasión y lugares costeros de desembarco, a fin de mandar sobre aquellas zonas más peligrosas y, sobre todo, vigilar dominando a los lugares díscolos o poco seguros.

Tal sistema de puestos fortificados sobre territorios poco pacificados, dieron resultados excelentes, ya que cualquier hueste invasora para penetrar en país enemigo se veía obligada a conquistar, o en su defecto sitiar o vigilar, a los castillos que interceptaban su paso a través de la red de seguridad, con lo que los avances forzosamente resultaban lentos y penosos; y teniendo presente que en aquellos alejados días, los ejércitos no solían ser numerosos, las campañas y las guerras intestinas entre estados o señoríos vecinos se prolongaban de tal modo que, en ocasiones, terminaban por común acuerdo entre adversarios.

VI. LAS ARMAS Y EL COMBATE

La eterna lucha del proyectil y la coraza forzosamente había de tener influencia en el equipo de guerra del Caballero. Así, al peligro más grande de aquella época —las armas de lanzamiento (jabalina) o las de tiro (arco y flechas)—, se le opuso la cota de mallas y la lorica.

En los comienzos del siglo XI, un arma nueva, la «ballesta», hace su aparición en el campo de batalla, y con su alcance y potencia para perforar trastorna los métodos de combate. El relativo equilibrio hasta entonces existente entre el ataque y la defensa se inclina en favor del primero. Con los ballesteros se podía matar a distancia sin que los combatientes pudieran medir su esfuerzo con el combate cuerpo a cuerpo. Naturalmente, tal estado de cosas forzosamente tenía que repugnar al espíritu caballeresco de la época; de aquí que los Señores feudales, con motivo de un Concilio celebrado

en Letrán allá por el año 1139, establecieran como ley de honor la prohibición del empleo de la ballesta en la lucha entre cristianos, siendo tan sólo autorizada contra los infieles. El Rey Ricardo «Corazón de León», con motivo de la tercera Cruzada, se hizo acompañar en su expedición a Tierra Santa de un millar de ballesteros bien armados.

Durante las Cruzadas y ante la táctica turca de lanzar sus flechas a muy corta distancia para obtener mayores perforaciones, se impuso en el campo cristiano la necesidad de obtener protección mediante el empleo del «coselete» de fieltro y la cota de mallas. Igualmente, los «yelmos» sufrieron transformación, al ir tomando en el transcurso del tiempo la forma cilíndrica y cerrarse cada vez de forma más hermética. Los «guanteletes», las «polainas» y el «calzado» buscan también una mayor resistencia, fundamentada en el acero. Para protegerse del sol y de la lluvia, los caballeros cruzados pasaban por encima de su cota de mallas otra de lino denominada «cota de armas». En cuanto a las cabalgaduras, también gozaron de protección y adorno por medio del hierro y la tela bordada, generalmente con el blasón de su jinete.

La lanza quedó como arma principal, siendo complementada por la espada, la maza y el hacha. El manejo de la lanza experimentó diversas vicisitudes, todas ellas íntimamente relacionadas con el equipo de los palafrenes. En efecto, durante un largo período de tiempo, al no disponer el jinete de estribos sobre los que apoyarse al cabalgar, su equilibrio resultaba penoso, por lo que se veía precisado a utilizar la lanza como arma arrojadiza, esto es como jabalina, la cual antes de ser lanzada era balanceada por el flanco derecho del caballo. Al menos, tal práctica era corriente a los caballeros normandos en el siglo xi.

Cuando los jinetes pudieron disponer de estriberas, la forma de combatir empleando la lanza cambió sustancialmente, ya que al aumentar en firmeza el hombre sobre su asiento, le era posible cargar el peso sobre el «borren» trasero de la silla e inclinar el cuerpo hacia adelante, no sin antes haber situado bajo la axila derecha el «regatón» de la lanza, cuya longitud ciertamente no era pequeña: unos tres a cuatro metros. El conjunto del jinete y caballo era monolítico, y el choque entre contendientes al combinar la acción de la lanza con la velocidad e impulso del caballo resultaba brutal. Tal era la técnica del combate individual de aquellos tiempos, fundamentado en la fuerza del brazo y en la habilidad en el manejo de

las pesadas y contundentes armas. En el reposo, el caballero apoyaba su lanza sobre el estribo, y cuando no combatía ésta era llevada a hombro por un escudero.

La eficacia combativa de los caballeros del medievo, realmente estaba limitada a la zona a vanguardia del jinete; aislados y atacados de flanco, aquellos guerreros se mostraban vulnerables. Aunque la táctica se fundamentase en formaciones concentradas y masivas, en su aplicación pueden encontrarse procedimientos diferentes, con muchos puntos comunes con los de las falanges griegas y legiones romanas. El Caballero feudal se nos presenta como el término de una evolución lógica iniciada por Alejandro y desarrollada por Bizancio con sus «catafactarios».

Las «falanges» de Caballeros se articulaban con arreglo a un orden totalmente respetuoso con los lazos feudales. Cinco o seis Caballeros constituían una «bandera», mandada por un Barón; la «batalla» agrupaba a los guerreros de igual linaje o de una misma región alrededor de su Señor. En Filípoli (1209), el Emperador Enrique I de Constantinopla tuvo a 400 Caballeros agrupados en 18 Cuerpos de batalla.

Un ejército feudal se articulaba en un número variable de «divisiones», unas cinco o nueve, cada una de las cuales, aproximadamente, era fuerte en unos 125 caballeros. Dicho ejército, además, comprendía un número variable de peones, cuyos efectivos solían ser de dos a tres mil hombres, llegándose, incluso, a los nueve mil. Esta infantería, durante mucho tiempo desdeñada y despreciada por su falta de linaje, se componía de piqueros y arqueros mal armados y peor protegidos, que al decir de entonces «arrastraban villanamente sus pasos por el barro y el polvo». La injusticia de tal concepto es manifiesta, y mucho más aún si se piensa que aquellas gentes de armas, al combatir en unión de sus señores, morían en la batalla igual que ellos y, en cambio, nunca podrían tener la satisfacción de que sus actos de heroísmo figuraran en las crónicas de la época.

La táctica elemental de la Caballería del medievo residía en la carga en masa, hombro a hombro, cerrada, monolítica y a la mayor velocidad, a fin de «barrer» de modo irresistible al adversario (1).

(1) Además de su educación exclusiva para el oficio de las armas, el caballero desde su temprana edad aprendía durante los torneos simulacros de combates de conjunto, durante los cuales, aunque las armas por estar despuntadas se mostraban inofensivas, la realidad era muy distinta, dada la brutalidad de tales en-

VII. LOS TORNEOS Y PASOS HONROSOS

1. *Torneos a la antigua usanza.*

«La idea de la sublimidad respecto de los pueblos, solo está en el principio de sus civilizaciones, cuando gozan la vida del corazón», dice el Conde de Clonard (2) en su obra *Historia de las Armas de Infantería y Caballería*.

Si la Historia de España contiene grandes lunares en el dominio de los principios políticos, económicos y administrativos, en cambio, las costumbres hicieron de ella una epopeya viva y animada, llena de situaciones, de peripecias y de rasgos sobresalientes; y uno de estos rasgos, acaso origen de todos los demás, lo constituyeron las Ordenes de Caballería y sus actividades.

Creadas en un tiempo de fuerza y para resistir la fuerza; regularizadas por la legislación para que formasen un poderoso elemento militar durante la guerra, fueron después acogidas íntimamente por la opinión pública, que enalteció su importancia y que en los interregnos de paz fomentó extraordinariamente el valor y la destreza de los caballeros, con la invención o la adopción de las justas y torneos.

No falta quien señala la existencia de los torneos en la antigua Roma, suponiendo que tales prácticas de combate o, por mejor decir, de preparación para la lucha, se parecían en gran manera a los juegos olímpicos o circenses. Sin embargo, tal criterio es difícil de admitir, ya que dichos juegos, realizados por gladiadores o luchadores profesionales, no perseguían más fin que el espectáculo destinado a adormecer los sentimientos de un pueblo, que en nombre de la libertad había impuesto la tiranía en casi todos los de la tierra, y que sujeto entonces al capricho de algún déspota, perseguía la sombra de esa libertad, creyendo encontrarla en la licencia de los espectáculos, en la sangre, e incluso en la vida de sus embrutecidos luchadores mercenarios. Los torneos en la Alta Edad Media, tanto

sayos guerreros. En 1240, en un torneo realizado cerca de Colonia, perecieron 60 caballeros.

(2) Don Serafín María de Sotto, Teniente General y Académico de la Española.



Ceremonial palatino en la corte Castellano-leonesa, organizado con gran aparato. (Del *Libro de la Coronación de los Reyes*; siglo XIV. Biblioteca de El Escorial).



Portada del *Floriseo*, libro de caballerías impreso en Valencia en 1516.



Sello de cera de Pedro III de Cataluña y IV de Aragón. Año de 1337.

en nuestra patria como fuera de sus fronteras, fueron ejercicios militares, ciertamente duros e incluso peligrosos, pero dignos y no manchados por salario material. Hechos en tiempos de paz, y como preparación para la guerra, no sólo para educar el cuerpo, sino también el espíritu, con ellos se pretendía hacer guerreros dignos de participar en las altas empresas. La voz «torneo» significa vuelta en redondo y así era en efecto, ya que los caballeros participantes debían recorrer el palenque, casi siempre de figura oval.

La opinión dio a estos ejercicios un relieve tal y tan alta consideración, y exigía requisitos tan severos y partes tan distinguidas, que el ser admitido en un torneo se consideraba como una prueba de honor muy esclarecida. Ningún caballero podía aspirar a dicha honra si no contaba con ilustres progenitores y si no gozaba de una reputación sin manilla; si en el transcurso de su vida había cometido alguna acción poco honorable o inicua; si durante algún trance marcial no había combatido a fuer de hombre esforzado hasta los últimos límites del valor; si había practicado virtudes dulces y expansivas; si cualquier nube por ligera que fuese empañaba el esplendor de su nombre; y si no corría por sus venas la sangre de generaciones nobles, o bien no había adquirido esta alta consideración a fuerza de sus hazañas, de su perseverancia, o de su ingenio.

Cuando se celebraba un torneo, si algún caballero no inscrito se presentaba pidiendo ser admitido en el palenque, un heraldo o un rey de armas examinaba sus pruebas, y triste de aquel osado que no las presentara suficientemente claras, ya que el dedo de la ignominia castigaba su presuntuosa arrogancia, persiguiéndole por todas partes y envenenando todos los instantes de su vida.

Si las cualidades de los participantes hacía de estos ejercicios una escuela de honor, el lujo de sus personas, la riqueza de sus armas y equipo, la magnificencia de sus armaduras, la ostentación de su séquito, la novedad de los trajes, las galas de los cortesanos, la presencia del Rey y de su familia, y la concurrencia en masa del pueblo que asistía alborozado a tales fiestas, daba a los torneos una brillantez indescriptible.

Los participantes llegaban a la entrada del palenque montados sobre soberbios corceles resplandecientes de oro y acero, calada la visera de sus yelmos y cubierto el brazo con la rodela o escudo, blanco para los caballeros noveles que aún no habían cruzado sus armas con las del enemigo, ni hecho alarde de su habilidad en estos simulacros de combate, y lleno de emblemas marciales para

aquellos otros que hubiesen prestado servicios muy distinguidos en aras de la Patria, de la Religión y del Rey. Así el escudo venía a constituir el signo externo y más patente del valor; con lo que cada uno de los competidores, al mirar el de su adversario, podía formar una idea del esfuerzo, bizarría y hazañas del oponente.

Los caballeros, según procediesen del lugar en que se verificaba el torneo o no, se llamaban *mantenedores* o *forasteros*. Pero era práctica general y obligada que tales luchadores, tanto si se trataba de mantenedores como de forasteros, debieran tener una dama que fuera, a la vez de la reina de sus pensamientos, el imán de todas sus nobles hazañas y el principio y fin de sus empresas más heroicas. ¡Jamás se ha ideado un medio más honorable de levantar el valor a sus últimos límites, dándole como resorte la admiración o el vituperio de una mujer! ¡Jamás se ha podido erigir un culto tan puro a la belleza, ni una adoración tan honesta y profunda a las virtudes femeninas! ¡Nunca se pudo poner un dique tan invencible a la corrupción de las costumbres!

Los torneos, salvo raras excepciones, normalmente, se desarrollaban del siguiente modo:

— Inscritos los participantes, seguidamente y por los Heraldos o Reyes de Armas, se llevaba a efecto la comprobación de las pruebas presentadas por los campeones, al objeto de acreditar su derecho e idoneidad para poder entrar en el palenque.

— Realizada tal comprobación, que pudiéramos denominar de «guerrero sin mácula», los caballeros participantes eran anotados en el registro de las «Casas» ilustres y, naturalmente, proclamados con derecho a participar en la lucha, cosa que se hacía a toque de clarín y con toda clase de honores.

— Dada la señal por los Reyes o por aquel Señor principal que presidía el torneo, de que éste debía empezar, el mantenedor de turno, sobre brioso corcel, hacía su espectacular entrada en el recinto, entre las aclamaciones de sus partidarios y el silencio de aquellos otros que pensaban entregar su admiración al adversario.

— Llegado el mantenedor frente a la tribuna de honor, después de ceremonioso saludo que la cortesía obligaba, alzaba la visera del casco de guerra para dejar ver su rostro, sirviendo tal práctica para comprobar su personalidad.

— Nuevo toque de clarín. Se abren las macizas puertas del recinto que ha de servir de palenque, y el adversario, generalmente un

forastero, hace su entrada espectacular y, previo los trámites de cortesía antes señalados, «toma campo» y se dispone a la lucha.

A partir de tal momento, y previo los sonidos agudos y penetrantes de los añafles y clarines que dan la señal de acometer, comienza la lucha, el brutal choque de hombres y caballos, los veloces giros de éstos, los frecuentes «botes» de las lanzas, y los movimientos de conversión para evitar aquéllos o hacerlos más eficaces. Se aprecia y se celebra que el favorito resista sin conmoverse al violento empuje de la lanza de su contrario, y el afortunado adalid que consigue romper una sobre el acerado pecho de su antagonista, recibe el premio de alegres vitores y oye estruendosos aplausos. A veces un movimiento brusco del corcel desazona al jinete y pierde el torneo; otra es el fuerte «bote de lanza» del contrincante el que hace desequilibrar de su montura al caballero, consumiendo su derrota. En fin, la habilidad y la fuerza son en todo momento puestas en juego durante los torneos, que bajo el signo de duelo incruento se desarrollan con el máximo boato y esplendor.

Los premios concedidos a los vencedores enaltecen el valor de éstos y hacen que en su pecho se avive la sed de victoria. Los triunfadores, como acto final de obligada cortesía y admiración hacia sus madrinas, deponen a los pies de éstas los trofeos ganados y naturalmente, el noble orgullo y satisfacción de las damas, tan sólo puede parangonarse con el desconsuelo de aquellas otras cuyos ahijados fueron más desafortunados o menos hábiles. Por último, debe indicarse que en tal clase de juegos ecuestres de tipo bélico, era costumbre general que los caballeros participantes ostentasen sobre sus armaduras toda clase de cintas y bandas de colores diferentes, obsequio de sus respectivas madrinas, que normalmente eran siempre la dama de su pensamiento.

Pero los torneos, incruentos, vistosos y desde luego pacíficos; organizados para divertir a las gentes, entrenar y lucir a los participantes y satisfacer al orgullo femenino, cuando de por medio figuraba como factor determinante el amor propio herido, la ofensa u otras razones similares, se transformaban en reñidos duelos, aún dentro del mayor espíritu caballeresco de la época, en verdaderos derramamientos de sangre, lucha a muerte y luto para el campo derrotado; y en ocasiones la flor de la Caballería moría sobre la arena del palenque en defensa de su Rey, su Patria, su honor y, sobre todo, de Dios. ¡Suerte generalmente reservada a los buenos guerreros!

2. *El paso honroso.*

Es indudable que los «Pasos honrosos» hasta cierto punto degradaron el aspecto filosófico y espiritual de los torneos, ya que su práctica vino a sustituir una emulación noble y general con un sentimiento más estrecho, como hijo del egoísmo, y creó un genio de aventuras, que terminó por degenerar en el ridículo. A fuer de querer sublimizar los actos gentiles, idealistas y magníficos del Caballero, se llega a la hipérbole del «caballerismo», a partir del cual no podía esperarse otra cosa que una decidida declinación. Sin embargo, no todo es aquí negativo, dado que por exaltar el valor hasta un extremo sin duda inaudito y dar una energía a esas fuerzas épicas que penetran en el dominio de la tradición popular, consiguen rodear con cierta pompa galana y a todas luces bizarra, los sentimientos más equívocos del pundonor. En resumen, aquellas pruebas viriles, tal vez rústicas y desde luego ingenuas de los torneos, en los que tan sólo se perseguía fortificar el brazo y el espíritu mediante ejercicios castrenses, cuyo único oriente era la preparación para la guerra, se «civilizan» y se mezclan con un sentimentalismo exagerado a la par que trasnochado.

El Paso honroso fue instituido en los comienzos del siglo xiv, época, ciertamente, desgraciada para nuestra historia, ya que en su transcurso se manifestaron fuertes violaciones en la moral pública. En tales alejados tiempos, no tan sólo se requería que los participantes sacaran triunfantes en los torneos y justas los colores y divisas de sus damas, rindiendo de este modo un casto y puro homenaje a su amor; era preciso, que tal admiración tuviera eco superior a todos los demás, que el Caballero hiciera declarar públicamente la sin par belleza de su dama, y que si alguien se negaba a tal confesión humillante, apelase al fallo de las armas para dirimir en campo cerrado tal controversia amorosa. Esto era desnaturalizar, a la vez, las dos grandes afecciones del hombre: amor y honor; haciendo del primero un privilegio y del segundo una susceptibilidad. Pero, además, era una exigencia de la opinión, muy fácil de concebir y explicar, pues a medida que las costumbres iban perdiendo solidez, tenían más brillo por ser superficiales.

Era práctica general que el Caballero que anhelaba preconizar la incomparable belleza de su Señora, y sostener tal opinión contra los que osasen contradecirle, acudiese a su Rey en demanda de per-

miso para organizar un Paso honroso. Para tal fin y con objeto de dar mayor propaganda y brillantez a su persona e idea, convocaba a deudos y amigos, y acompañado por ellos se dirigía a la Corte, haciéndose preceder previamente por un Heraldo o Faraute, cuya misión consistía en exponer ante el Monarca las bélicas y románticas pretensiones del enamorado y susceptible Caballero. Tal paladín, al que posiblemente en recuerdo de los torneos se le denominaba «mantenedor», era acogido en palacio con toda clase de distinciones y el ceremonial que recomendaba la etiqueta.

Llegados ante el Rey, el Caballero mantenedor, sus deudos y favorecedores, y el Faraute, el primero, previamente arrodillado, como los demás, ante su Monarca, se dirigía a éste, en los siguientes términos: «Deseo justo e razonable es, los que prisiones é fuera de su libre albedrío como deseen libertad; é como yo vasallo natural vuestro sea en prisión, en señal de lo cual traigo a mi cuello todos los jueves este fierro, segund notorio es en vuestra magnificiencia é regnos e fuera de ellos, por los farautes que la semeiante prisión con las mis armas han llevado».

Era costumbre también, tal vez para dar mayor fuerza a la demanda, el hacer, seguidamente, una pintura viva y animada de la tristísima situación a que le había reducido la esquivez de su bella Señora, señalando que para reconquistar su amor, retaba a singular combate a todos los caballeros de naciones extranjeras que se hallasen o quisieran acudir al sitio designado, a fin de probar el temple de sus armas y la razón que le asistía para aspirar hasta el último límite de las fuerzas en aquella singular empresa; añadiendo que la Señora de honor, cualquiera que fuese su linaje y alcurnia, que acertara a pasar por el sitio donde se celebraban las justas, «sin llevar caballero o gentilhombre que *faga* armas por ella, perdería el guante de la mano derecha», prenda ésta que se ofrecía como nueva señal de homenaje a la reina de la fiesta.

El consentimiento del Rey era recibido como una prueba de indefinible bondad y celebrado con ruidosos aplausos, y el Caballero mantenedor rogaba a los de su comitiva que le quitaran el «almete» para subir a dar gracias al «benéfico» y «bondadoso» Soberano por el alto favor que acababa de dispensarle.

Conducido de nuevo a la regia estancia, el Caballero solicitante expresaba su inefable gratitud, con estas palabras: «Muy poderoso Señor, yo tengo a muy gran merced a Vuestra Alteza é Señoría otorgarme esta licencia, que yo dispuesto fui a vos demandar, pues

tan necesaria a mi honor era é yo espero en el Señor Dios que yo le serviré a Vuestra Alteza segund que sirvieron aquellos de que yo vengo a los poderosos príncipes de vuestra esclarecida Alteza demande». Después, besaba la mano del Monarca, imitándole cuantos le acompañaban, y concluída la ceremonia volvían todos a su alojamiento, donde despojándose de los arreos bélicos vestían lujosos trajes de Corte, para celebrar mediante el correspondiente «sarao», que siempre precedía a la apertura del «palenque», la satisfacción que todos sentían.

Terminado el sarao y agrupados todos los concurrentes alrededor del héroe de la justa, leía éste en alta voz los capítulos que deberían observarse en aquélla, y que habiendo sido aprobados previamente por el Monarca, aumentaban con tal hecho la fuerza de observancia que les había prestado la costumbre. Código de disciplina que, teniendo por base el honor, estaba bien garantizado contra las infracciones de la fuerza, del capricho o del ardid. Esta singular legislación imponía cierto género de violencia al honor mismo y desvirtuaba su índole, que principalmente, se apoya en la espontaneidad. Así, si un Caballero llegado al sitio del Paso honroso rehusaba tomar parte activa en él, perdía la espuela derecha u otra pieza del arnés que, naturalmente, no podría usar en adelante hasta no probar haber acreditado su valor en trance de mayor peligro o gloria. En el caso de aceptar la invitación, hallaba dispuesta en el sitio del palenque, armadura de temple y ley igual a la de su contrincante. Era además práctica general de que los antagonistas ignoraran mutuamente sus nombres, disposición que sin duda propendía a no debilitar el valor, en consideración a un determinado linaje o popularidad.

El caballero que después de «rotas» tres lanzas contra cualquiera de los mantenedores, pretendía llevar más allá las pruebas de su denuedo o habilidad, estaba obligado a solicitar el correspondiente permiso al organizador de la justa; pero si «rota» la primera lanza se apartaba de la prueba desistiendo del empeño, perdía su acicate derecho como antes quedó dicho. También era necesario pedir la oportuna licencia del promotor del Paso honroso, cuando se deseaba prescindir durante la prueba de alguna pieza de la armadura.

No estaba permitido hablar en el palenque durante la liza, sin duda, no tan sólo para no distraer la atención de los luchadores, sino, también, para poder conservar mejor el misterio, que era uno de los principales encantos de la fiesta. Si algún caballero resulta-



El rey Enrique de Inglaterra despidiéndose de su mujer Helena. Miniatura de Loyset Liédet, que ilustra la *Ystoire de Helayne*, y que es un verdadero documento sobre trajes, mobiliario y decoración de la época. (Biblioteca Real de Bruselas. Ms. 9967. F.º 39).



Caballeros que parten para la guerra. Puede verse el armamento defensivo que llevan: casco, coraza, loriga y malla, y el ofensivo: lanza, puñal y ballesta. (Miniatura de las *Cantigas de Santa Maria*; siglo XIII; Monasterio de El Escorial).

ba herido, no le era permitido continuar, como sana medida para contener los impulsos de la temeridad que tan mal siempre aconsejan a los soberbios o incautos. Por último, siempre fue costumbre respetada por todos, que tan sólo el mantenedor del Paso podía pelear por su dama; los demás debían de contentarse con nombrar para su defensa en común a tres señoras-madrinas.

Como para la estricta ejecución de tales disposiciones no se reputaban suficientes, ni el pundonor de los ejecutantes, ni aún el del jurado que formaban los circunstantes, ya que el corazón de unos y otros podía inflamarse con el fuego de las pasiones bastardas y romper con la conciencia a trueque de evitar infamia pública, elegiase dos jueces caballeros, ambos de alta alcurnia, de inmaculada reputación y que hubieran encanecido en funciones marciales y en los más brillantes y peligrosos torneos.

Mientras duraba la lectura pública de los capítulos por los que se regiría el torneo, permanecían al lado del caballero mantenedor un rey de armas, al cual el primero se dirigía en estos términos: «Rey de armas, vos diredes a todos los reyes, duques, príncipes é señores, a cuyas señorías llegáredes que como yo he sido en prisión de una Señora de gran tiempo acá, é como haya concertado un rescate en trescientas lanzas rompidas por asta, é nin ayuda de caballeros que conmigo, é con mis ayudadores justen non pueda llevar a efecto mi rescate, vos les ofrécedes mis respetos pidiendoles por gentileza, é por amor a sus damas, les plegue venir a mi socorro».

Los reyes de armas, precedidos de farautes, marchaban a diversas y lejanas poblaciones, anunciando la celebración del Paso; y la fama, volando delante de ellos, llevaba el eco de este notable acontecimiento al corazón de aquellos caballeros jóvenes que, ávidos siempre de amor y de gloria, envolvían estas palabras en un mismo sentimiento.

Generalmente se situaba el palenque en un lugar céntrico y próximo a los caminos de mayor circulación. Alrededor de una alta valla de madera de unos doce pies, que circuía el lugar de la justa, se levantaban siete plataformas o tribunas; la más próxima a la entrada del recinto se destinaba a los mantenedores, engalanándose vistosamente con toda serie de colgaduras, armas y banderas del promotor de la fiesta. En dicha plataforma se colocaban sus favorecedores hasta que les llegara su turno de pelear. Otras dos tribunas eran destinadas a los nobles aventureros, asignándose un número igual para los jueces de campo, reyes de armas, farautes y los escribanos en-

cargados de certificar cuanto ocurriera durante el torneo. El resto de las tribunas eran ocupadas por gentileshombres, escuderos, trompeteros, etc. Cuando el Monarca acudía a la fiesta, cosa bastante frecuente, se construía expresamente una gran tribuna de honor, en lugar de privilegio y adornada con gran lujo y esmero.

Los Pasos honrosos terminaban con la máxima pompa y esplendor, ya que con ellos el mantenedor, además de pretender demostrar la fuerza de su esforzado brazo, también buscaba motivo para hacer gala y ostentación de su riqueza, cortesía y, sobre todo, vanidad, a la que tan inclinado se encuentra el guerrero que no lucha por un verdadero ideal.

Con los Pasos honrosos, acabaron las justas y torneos; y el espíritu de la Caballería, cesando de ser el más poderoso resorte de la guerra, penetró en las costumbres y dio relieve notable al carácter general de la sociedad. Acaso tal espíritu constituyó el poder más fuerte contra la inmoralidad de las épocas posteriores, mostrándose como el escudo más firme de la virtud; y no es posible negar que en varias naciones, y en particular en la española, consiguió mantener esa energía extraordinaria que proporciona el sentimiento religioso en los momentos de profunda tribulación. Precisamente, por gozar los españoles, sea cual fuere su clase social, de tal espíritu caballeresco, que algunos pretenden denigrar comparándole con los sueños quiméricos de Don Quijote; debido a tan admirables virtudes de honor y fe, fue posible el alma española dominar y enseñar al mundo; y cuando, fatigada por tal ingente esfuerzo, se vio obligada a dejar paso a otros pueblos más jóvenes o con menor desgaste, supo sobreponerse sin caer en el desaliento, continuando firme como nación soberana de sus destinos, unas veces temida, otras admirada, en ocasiones criticada o envidiada, pero nunca menospreciada.

Por último, debe indicarse que los torneos a la antigua usanza influyeron favorable y poderosamente al desarrollo del Arte Militar y contribuyeron a dar realce a nuestras organizaciones armadas; y tal bélica costumbre de los siglos XII al XIV, inclusive, sin duda tuvieron influencia acusada en la gloria de los ejércitos españoles durante los siglos XV, XVI y parte del XVII.

VIII. LAS ORDENES MILITARES

En tiempos del feudalismo, la Caballería española se dividía en las cuatro siguientes clases:

- Las Ordenes Militares.
- Los Ricos-Homes de pendón y caldera.
- Las Cabalgadas de los Fijo-Dalgos de las mesnadas de las ciudades, villas y lugares, y
- Los Propietarios que fuesen cristianos «viejos», limpios de sangre y sin mezcla de raza de moro o judía.

Únicamente nos referiremos a las Ordenes Militares, no sólo por sus puntos comunes con las organizaciones castrenses de todos los países de Europa, sino también, por constituir el verdadero fundamento de las actuales instituciones montadas de los modernos ejércitos, ya utilicen como medio de transporte y combate el caballo de sangre o el de vapor. Las tropas de Caballería en todas las épocas constituyeron un arma rápida, y por tanto, siempre se encontrarán obligadas a utilizar en su beneficio el medio más veloz que el siglo pueda proporcionarlas, ya se llame éste caballo, vehículo de motor que se mueve por el suelo, o helicóptero dominador del espacio.

No cabe duda, que las Ordenes Militares constituyeron el principal fundamento de aquellas tropas del medievo que tanto contribuyeron a contener el islamismo que oprimía a Europa, tendiendo con el ímpetu de una religión sensual y con la vehemencia de una secta nueva, a destruir por completo el imperio de la Cruz.

Muchas y variadas fueron las huestes de las Ordenes Militares en las que se agrupaban los «Caballeros Cruzados», ya que es preciso no olvidar que el verdadero origen de tales instituciones está íntimamente relacionado con las expediciones bélicas en tierras de infieles, conocidas con la voz general de Cruzadas, las cuales fueron iniciadas con motivo del Concilio de Clermont (1095), por Godofredo de Bullón en el siguiente año. Seguidamente y tan sólo refiriéndonos a España, señalaremos algunas de ellas.

De las Ordenes Militares, la primera que se conoció en la Península Ibérica, fue la de la «Encina», oriunda de Navarra, y de vida bastante corta por su analogía con la de los «Caballeros Constantinos», que al restablecerse de nuevo fatalmente tenía que anular a la primera. Aunque de origen más desconocido, la Orden que se-

guramente tiene mayor duración y arraigo en nuestro país, es la de «Santiago», y sus hechos heroicos sin duda marcaron una mayor influencia en los destinos de la España cristiana. Célebre por su poder, y también por sus desgracias, se nos presenta la Orden Militar del «Temple» o de los «Templarios», la cual llegó a extender sus dominios sobre grandes posesiones españolas, en particular, en territorios de la Corona de Aragón, que como es sabido, comprendía entonces al reino de tal nombre, a los de Valencia y Murcia y al Principado de Cataluña. Tal Orden, que en su día constituyó el firme baluarte que la Cristianidad opuso al infiel, en virtud de una serie de desgracias y circunstancias desafortunadas, tanto en Francia como en nuestro país, desapareció víctima de la intriga, o tal vez por haber ella misma degenerado, ahíta de poder y orgullo. Con respecto a los Caballeros del Temple, deben señalarse, por lo curiosas, las cláusulas del testamento del Rey Alfonso I de Aragón, llamado el «Batallador», las cuales dicen: «Doy a la Milicia del Temple mi caballo y todas mis armas, y si Dios me diese Tortosa, sea para el hospital de Jerusalén. De esta manera todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antepasados y cuanto yo he adquirido y en lo sucesivo, con el auxilio de Dios adquiriese y cuanto al presente doy y pudiere dar en adelante, todo sea para el Sepulcro de Cristo y el hospital de los pobres y el Templo del Señor».

Tal Orden Templaria, como ya fue indicado, bien por haber degenerado o por otras causas en las que la intriga y la mala fe posiblemente intervinieron, se extinguió; y el Rey Felipe el Hermoso en Francia, y D. Jaime de Aragón, entonces Monarca en nuestra Patria, decretaron la prisión de sus componentes y la hasta entonces gloriosa temida Orden de Caballería desapareció por disposición de la Santa Sede, aunque desde luego en oposición con el criterio sustentado en el Concilio de Salamanca, reunido para juzgarla.

Otras Ordenes Militares, de gloriosos antecedentes, fueron las de «San Salvador», «San Juan de Peiró», «Calatrava», «Montesa», «Alcántara», «Avis de Portugal», «Redención», «De la Paloma», «De la Banda», entre otras muchas similares. De modo general todas se orientaron hacia disciplinas muy semejantes y siempre con el mismo fin: la defensa del Crucifijo.

Desaparecidas las causas que motivaron su creación, las Ordenes Militares, paulatinamente y a través de los tiempos, pasaron de aquella vida heroica, activa, ascética y azarosa, a otra más sosegada,

menos belicosa y puramente honorífica. Ahora bien, como dice el Conde de Clonard: «Cualquiera que sea el concepto que se forme de las Ordenes Militares de aquellos tiempos, nunca podrá ponerse en duda que contribuyeron eficazmente a afianzar en Europa la Religión Cristiana; que recogieron y cultivaron las pocas virtudes que había en el fondo de una sociedad degradada por su corrupción, y que influyeron poderosamente en los adelantos de la milicia, no sólo porque en tiempo de guerra guardaban los caballeros siempre el primer puesto de honor, sino también porque haciendo en épocas de paz del ejercicio de las armas su principal instrucción y su diversión favorita, sirvieron de ejemplo y modelo a las demás fuerzas de aquellos ejércitos que, por la circunstancia misma de ser colectivos, necesitaban un Cuerpo reglado a que imitar en sus manobras, evoluciones y movimientos; y en el modo, en fin, de combatir y vencer».

Las otras clases de Caballería antes mencionadas, tenían sus reglas en el Cuerpo de las Leyes Rurales y Municipales, donadas por los reyes a las villas y ciudades. Todos estos ordenamientos estaban fundamentados sobre los mismos principios y con costumbres más o menos ingenuas o pintorescas, pero siempre basados en virtudes morales, fundamento de toda sociedad organizada e indispensable para el ejercicio de las armas.

Por lo que se refiere a nuestra Nación, con la creación por los Reyes Católicos de las «Guardas Viejas de Castilla», las Ordenes españolas de Caballería adquirieron gran soltura, principalmente al ser aligerados sus jinetes, en parte, de sus pesadas y aceradas armaduras; también es de señalar, que los efectivos de tales tropas, hasta entonces circunstanciales y tan variables en virtud del sistema de recluta, empezaron a ser permanentes, en armonía con la idea de Isabel y Fernando de crear un Ejército puramente nacional y totalmente vinculado a la Corona, y por tanto sin posible intromisión, influencia o ayuda interesada de los «Grandes Señores», cuya fuerza de persuasión sobre sus monarcas se apoyaba entre otras causas en la prestación de sus huestes.

IX. LA ESTRATEGIA Y TÁCTICA FEUDAL EN LAS CRUZADAS

1. *Antecedentes.*

Desde el comienzo de la Edad Media, vino a constituir práctica general en toda la cristiandad el peregrinar a Oriente para visitar los Santos Lugares y adorar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

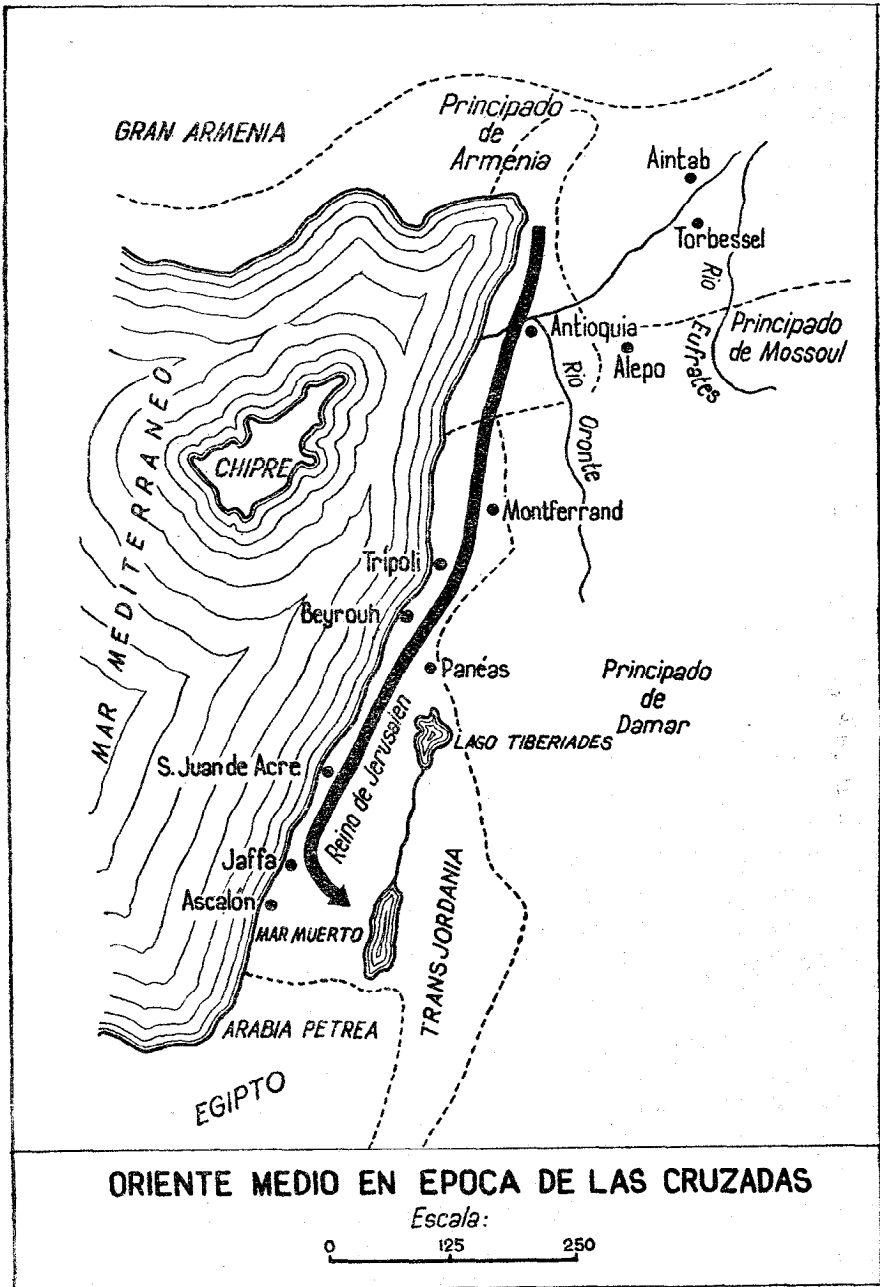
Mientras los árabes dominaron en Siria, los peregrinos cristianos procedentes de Europa no tropezaron con ninguna dificultad para cumplir tan piadosa práctica; pero al pasar el territorio sirio a manos de los turcos de Seldjoukides, allá por el siglo x, los excesos y violencias sobre las peregrinaciones fueron tomando tales proporciones, que forzosamente habían de provocar la natural reacción. En tal estado de cosas y con motivo de la demanda de auxilio del Emperador griego Alejo Comneo, y las exaltadas predicaciones de Pedro «el Ermitaño», apoyadas y estimuladas por el Papa Urbano II, tuvo lugar el Concilio de Clermont (1095), cuyo resultado y al grito de «¡Dios lo quiere!», fue la movilización de la Cristiandad y el origen de la primera Cruzada, cuya denominación, entre otras causas, es debida al distintivo de la Cruz, ostentado por los expedicionarios.

El objeto de este trabajo no es estudiar las múltiples vicisitudes de las tropas cristianas a través de las ocho cruzadas habidas, sino tan sólo ponderar sus características más sobresalientes, íntimamente relacionadas con la estrategia y la táctica feudal en tierras del Islam.

2. *La estrategia feudal en las Cruzadas.*

¿Se utilizó algún concepto estratégico en las Cruzadas...? Si entendemos por tal, el formalizar y desarrollar un plan conjunto, coordinar movimientos de tropas y servicios y señalar —aunque de modo embrionario— objetivos de consideración y alcance estratégico, la respuesta a la pregunta antes formulada forzosamente tiene que ser afirmativa.

Para que cuatro ejércitos feudales participantes en la primera Cruzada, y procedentes de distintos orígenes, pudieran concentrarse en Asia Menor (1096), después de haber utilizado diversos itinerarios terrestres-marítimos, desde luego fue indispensable que al frente de



tal organización militar existiese un pensamiento rector y, sobre todo, coordinador.

Conocido es que el Papa Urbano II, verdadero artífice de la referida Cruzada, confirió la supervisión de esta expedición inicial al Arzobispo Adhémar de Montiel, que naturalmente, debió contar y con certeza dispuso del concurso de asesores militares, seleccionados entre hombres de los distintos países participantes.

Por lo que se refiere a la *logística*, también es sabido que una vez conquistada la plaza de Nicea, el avance a través de Asia Menor fue realizado según la dirección de Taurus, siguiendo la ruta tradicional. Desde Antioquía, la progresión cristiana tomó la dirección de la cornisa que bordea el Mediterráneo, a fin de facilitar los abastecimientos a las tropas al hacer posible utilizar el transporte marítimo. Alcanzado Jaffa, sobre la costa, el Ejército cruzado variando hacia el Sureste se dirigió directamente sobre Jerusalén, no sin antes cubrirse por medio de reconocimientos ofensivos. Como puede verse, siguiendo tales movimientos sobre un mapa, la acción de los expedicionarios sobre Jaffa no se separa de las proximidades de la costa, haciendo posible la debida coordinación de su escuadra procedente de Génova, Pisa y Venecia, con los movimientos por tierra; así, pues, existe una «acción conjunta» del fuego y del movimiento terrestre-naval.

Dominado gran parte del territorio sirio y organizada la Siria Franca, las circunstancias militares cambiaron fundamentalmente, y es natural que el concepto estratégico cambiara adaptándose a dicha situación. Las huestes cristianas que dominaban una amplia región costera, al encontrarse vecinas con la Siria musulmana dueña del interior, no podían desear profundizar más hacia el Este, ya que su verdadero objetivo sentimental y posiblemente político: Jerusalén, había sido conseguido. Las tropas infieles, por otra parte, pretendían tan sólo contener por el momento, como mal menor, cualquier posterior avance cruzado, hasta conseguir ser lo suficientemente fuertes para reaccionar. Consecuencia: uno y otro bando toman una actitud de defensa estabilizada, para lo cual, y como medida fundamental, cierran todas las posibles direcciones de penetración, sembrando, a tal fin y a lo largo de sus fronteras, toda una serie de castillos y plazas fuertes, que eran las obras de fortificación imperantes en aquel tiempo. Sobre tal particular, deben señalarse con especial mención las plazas fuertes de Maaret, Apamée, Montferrand, Panéas y algunas otras más por el campo cristiano; e igualmen-

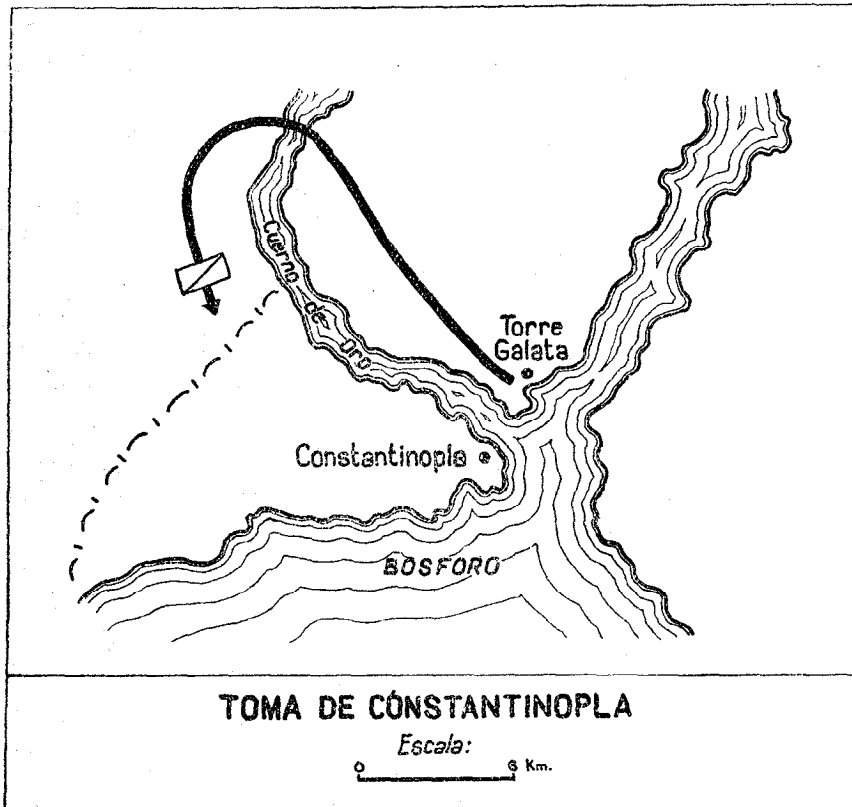
te, cabe indicar las de Alepo, Chaizar y Hons por lo que respecta a los musulmanes.

Ante la amenaza turca al Oeste del río Éufrates, allá por el año 1150, los cristianos se vieron obligados a evacuar las poblaciones armenias de Aïtab y Torbessel; por cierto que es preciso mencionar en tal operación al joven Rey Balduino III, de Jerusalem, jefe guerrero de diecinueve años, y cuya temprana edad no le impidió llevar a feliz término tamaña empresa, difícil para cualquier avezado veterano. A fin de conseguir dicha evacuación se siguió el sistema de convoyes protegidos por flancos y retaguardia mediante el empleo de «partidas de caballeros cruzados», esto es, un sistema muy similar al que actualmente seguiría cualquier moderno ejército.

Aunque como anteriormente se indicó, durante muchos años la situación militar de ambos bandos tomó un matiz de típica estabilización, no por eso dejaron de realizarse «cabalgadas», esto es, incursiones y toda clase de reconocimientos ofensivos más o menos amplios, pero nunca decisivos, si bien de resultados nada despreciables. Por ejemplo, desde el punto de vista político-militar, o lo que es lo mismo, estratégico, fue notable el ataque del Rey Amaury I contra Egipto, que se encontraba amenazado de absorción por el Sultán Nour-ed-Din; con tal acción se pudo impedir el cerco de la Siria Franca. Como el objetivo, al menos aparentemente, era secundario, los resultados de la maniobra no podían pretender mayores resultados.

A la muerte del Sultán Nour-ed-Din, le sucede en el trono su sobrino Saladino, guerrero, caudillo y gobernante bien conocido por la Historia, y al que debe apuntársele, entre otros éxitos, la unificación de la Siria musulmana mediante su unión con Transjordania y Egipto. Este es uno de los períodos en que mejor se puede constatar el desarrollo por ambas partes de planes estratégicos bien concebidos, coherentes y desarrollados, en los que la agilidad en la concepción y la velocidad en su ejecución, alternativamente pasan de un bando a otro con arreglo a la «libertad de acción» de que en cada caso se disponía. Varios ejemplos podrían citarse, pero aquí tan sólo se señalará el asombroso episodio del joven Balduino IV, rey a los trece años de edad, que por padecer de lepra, su vida fue ciertamente corta, pues murió a los veinticuatro años. Este joven caudillo, cuando contaba diecisiete, fue sitiado por Saladino en la plaza de Ascalón; dicho sultán, dejando ante la plaza un cuerpo de observación, comenzó a invadir metódicamente el país vacío de defen-

sores. Balduino, que por cierto ya notaba los efectos de su mortal enfermedad, al frente de 500 caballeros se puso en campaña, y avanzando según la costa, varió más tarde hacia el interior, hábil maniobra que consiguió sorprender a las huestes de Saladino, las que además sobrecargadas por un voluminoso botín, producto de sus anteriores conquistas, se vieron en grave situación por su falta de agili-



dad para la maniobra. He aquí, una de las operaciones más típicas de Caballería: utilizar la agilidad de movimientos y la rapidez del transporte para conseguir la sorpresa.

La gran variedad de origen de los contingentes de guerreros, las estrictas reglas de jerarquías feudales, la teórica igualdad de los grandes Barones, las rivalidades por intereses, muy en particular entre cruzados y venecianos, en las que el amor propio constituyó factor determinante, trajo como resultado la imposibilidad práctica de instituir el Mando único en las coaliciones, entre las que como es

natural, se encontraban las Cruzadas. La falta de un jefe de suficiente autoridad para no ser discutido, obligaba con gran frecuencia a utilizar como única solución el convocar «Consejos de guerra» para tomar las disposiciones pertinentes, sistema poco útil en todos los tiempos. Sin embargo, hubo ocasiones, como en la toma de Constantinopla en 1204, en las que los consejeros convocados consiguieron organizar un plan armónico y coordinado, cuyos resultados pronto se hicieron notar.

En síntesis, la conquista de Constantinopla se llevó a cabo del siguiente modo:

La flota veneciana, después de desfilar por el Bósforo ante las murallas de la ciudad, consigue desembarcar contingentes sobre la costa en que se encuentra desplegado el Ejército bizantino. Seguidamente, viene el ataque de los Caballeros cruzados, los que por medio de «cargas» masivas consiguen limpiar de enemigos las playas de desembarco. Más tarde, y mediante una acción combinada, es capturada la torre Galata, verdadero punto de amarre y de mando de la cadena que cerraba el puerto. Una vez abierto el camino de la invasión, la Armada de Venecia puede penetrar, mientras los cruzados subiendo por la margen Este del Cuerno de Oro, consiguen forzar el paso el río y reconstruir el puente; así como llegar en su avance hasta la parte Norte de la ciudad, dando cara al recinto amurallado. A partir de aquí, y una vez establecida una buena base de partida, por medio de empalizadas, asentamiento de piezas pedreras y catapultas, se desencadena el asalto. He aquí otro ejemplo de la combinación terrestre-naval, de desembarco, y sobre todo, de un excelente espíritu de maniobra para aislar y luego asaltar un objetivo de importancia, no tan sólo por su valor militar, sino también por el político.

Los mandos feudales no desdeñaron nunca ni desconocían la importancia y valor de la maniobra sobre las comunicaciones. Así la historia nos refiere que mientras el Zar de los búlgaros, Kalojan, con un ejército de 40.000 hombres sitiaba una ciudad de Tracia; el Emperador Enrique I de Hainaut, seguido de 400 caballeros, astutamente y con un instinto estratégico excelente, amenazaba Andrianópolis, situado más al Norte sobre el itinerario de repliegue, consiguiendo la retirada del ejército de Kalojan al ver amenazada su retaguardia.

3. *Táctica.*

La táctica turca ante los Cruzados, como continuadora de la de los árabes y de los partos, y al igual que la de los invasores también, se basaba en el empleo de la Caballería.

El turco empleaba sus escuadrones a base de avanzar rápidamente para lanzar sus flechas, siguiendo para ello un sistema de «olas» o relevos; esto es, realizada la primera acción, el primer escalón de jinetes se replegaba, dando paso al siguiente, y así sucesivamente hasta conseguir la extenuación— por pérdidas de hombres y caballos— del enemigo. A partir de tal momento, se realizaba la carga empleando el arma blanca, espada, maza, etc. La infantería beduina no tenía gran misión en el combate, contentándose con el cometido borroso de actuar como sostén o pivote de la maniobra de Caballería. La idea de envolvimiento era siempre mantenida.

El primer choque entre cristianos e infieles se produjo el 1 de julio de 1097 en Dorylée. El ejército cruzado mandado por Godofredo de Bullón (contingente lotaringiano), Bohémond de Tarente (normandos de Sicilia), Raimundo de Saint-Gilles (provenzales), y Hugues de Vermandois (franceses), se encontraba dividido en dos escalones, al objeto de facilitar la marcha por Anatolia.

Sorprendido y envuelto el primer cuerpo de batalla (Bohémond de Tarente), la situación se hizo difícil, hasta que las huestes de Godofredo de Bullón pudieron llegar en su socorro. A partir de tal momento, mientras Godofredo con 50 caballeros cargaba frontalmente, otro destacamento, maniobrando por la derecha del dispositivo propio y al amparo de unos accidentes del terreno, amenazó al enemigo de desbordamiento, haciendo movimiento igual por el flanco izquierdo otro grupo de jinetes cristianos. El resultado no se hizo esperar, y las huestes turcas fueron derrotadas.

Debe señalarse, que desde los primeros encuentros con los turcos, varios jefes occidentales comprendieron rápidamente el peligro de la táctica turca y adaptaron a ésta sus disposiciones. Sobre todo y como ejemplo sobresaliente es preciso señalar a Bohémond de Tarente, uno de los jefes más hábiles en esta primera Cruzada.

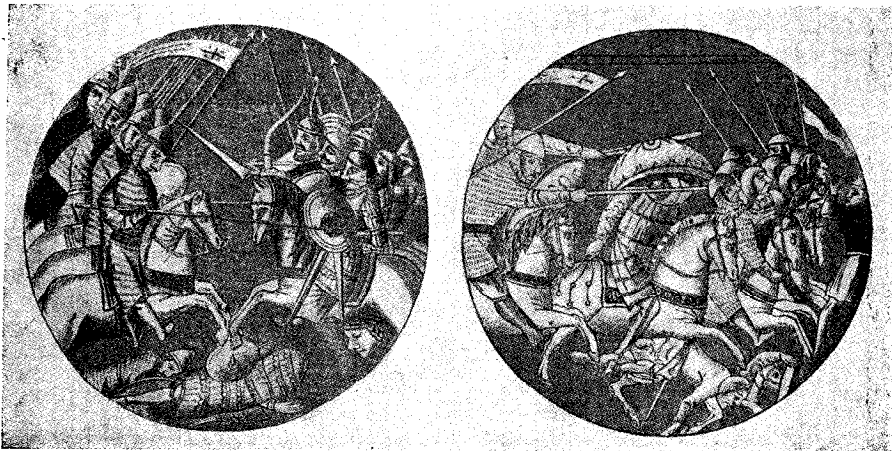
Ante el asedio de Antioquía (1098), en el que los Cruzados totalizaban unos 1.200 caballeros y 9.000 peones aproximadamente, los turcos realizaron varias tentativas para liberar la plaza, siempre empeñando efectivos superiores. En tal acción, Bohémond de Taren-



Caballeros de Santiago. Los dibujos son magníficos documentales del armamento, vestuario y equipo de los mismos. (Del *Libro de los Caballeros de Santiago*, siglo XIV; Archivo Municipal de Burgos).



Batalla y sitio. Se ve una máquina de guerra a la izquierda. (Grabado según un manuscrito de la Biblioteca Nacional. París).



Batalla de Dorilea. Escenas realistas, en las que se ve el armamento de la época y el modo de combatir. (Vidriera de la iglesia de Saint-Denis, Francia).

te situó su Cuerpo de caballeros sobre una posición «muy estrecha», entre el río Oronte y el lago de Antioquía, impidiendo de este modo el impetuoso hostigamiento de los arqueros turcos, así como cualquier ataque que no fuese frontal. Durante otro combate en las proximidades de Antioquía, mientras cinco masas de jinetes cargaban sobre los turcos sin obtener efectos decisivos. Bohémond de Tarente, utilizando una sexta masa que tenía de reserva consiguió, mediante un ataque de revés, decidir la acción a favor del campo cristiano.

La adaptación de los cruzados a la táctica turca fue rápida y tan perfecta, que al poco tiempo de haber invadido las tierras del Islam, las huestes cristianas practicaban las «racias» y las emboscadas a la manera de los árabes con la mayor perfección.

Balduino I, Conde de Edesse, después de la muerte de Godofredo, de Bullón (1100), marchó sobre Jerusalem al frente de 400 caballeros y 1.000 peones. Este pequeño ejército, por la rapidez del avance y otras vicisitudes, pronto quedó reducido a unos 160 caballeros y no más de medio centenar de gente de a pie. A lo largo de la costa, entre Trípoli y Beyrouh, y sobre un desfiladero muy encajonado, le esperaba un importante ejército turco-árabe. Balduino fingió batirse en retirada; los turcos desencadenaron la persecución, aunque sin poder empeñar sobre la cornisa costera más que un núcleo de 500 jinetes. Tal fue el momento aprovechado por Balduino para cargar y derrotar a sus enemigos.

Otro ejemplo de inteligente utilización del terreno en el combate por los cruzados, es cuando en Tizin (año 1105), se enfrentan separados por una amplia llanura rocosa un ejército árabe-turco y otro normando mandado por Tancrede, sobrino del ya comentado Bohémond de Tarente. Los cristianos, ante las dificultades tácticas de dicha planicie, optan por no atravesarla, dejando la iniciativa a sus enemigos, los cuales, menos previsores o más inexpertos, avanzan sin preocuparse de los obstáculos, si bien forzosamente deben dispersarse por destacamentos que indudablemente debilitan su despliegue ofensivo. Así son cargados por las huestes de Tancrede, derrotados, y después aniquilados sucesivamente.

Sin embargo, a pesar de los anteriormente citados ejemplos que ponen de manifiesto los relativamente buenos conceptos tácticos de la Caballería feudal en la época de la primera Cruzada, es indudable que la táctica por aquellos tiempos adolecía del defecto de una gran rigidez, que en ocasiones caía en falta de mala *reunión* y muy

poca *cohesión*, lo que, como ocurrió en Antioquía en tiempos de Balduino I, provocó un sin número de desastres.

Es preciso llegar a la tercera Cruzada, para encontrar un excelente jefe: el Rey sajón Ricardo «Corazón de León», que supo unir a su persona una bravura de leyenda y unas brillantes cualidades militares.

Corre el año 1191. La plaza de San Juan de Acre, bloqueada por los cristianos durante cerca de dos años, es al fin ocupada. Los ejércitos cruzados de Felipe-Augusto y Ricardo «Corazón de León», en lucha contra las huestes turcas de Saladino, nada dejan de hacer durante aquel curioso y prolongado asedio; guerra de trincheras, golpes de mano, empleo de máquinas de guerra, fuego líquido, etc.; por no faltar nada, tampoco son ausentes los desafíos entre caballeros de uno y otro bando y las «amistades caballerescas» circunstanciales entre rivales.

Después de la marcha de su colega regio y rival político Felipe-Augusto, el Rey Ricardo «Corazón de León», posiblemente por considerarse más libre de movimientos, concibe la idea de reconquistar Jerusalem por medio de una acción a lo largo de la costa. Para ello, divide su ejército fuerte de unos 10.000 hombres, en doce destacamentos mixtos (Caballería e Infantería); y dispone su conjunto a base de que los peones avancen sobre el flanco Este, el más descubierta; la impedimenta progresa por el lado del mar y todo el despliegue es cubierto y protegido por los Caballeros de las Ordenes Militares: Templarios y Hospitalarios. Gracias a las narraciones de un testigo musulmán del séquito de Saladino, es conocido el empleo de la Infantería por el rey Ricardo: «Esta —según el narrador— formaba como una muralla alrededor de los caballos; los hombres, armados de fuertes ballestas, mantenían a nuestros jinetes a distancia; los Caballeros cabalgando en el centro de la columna no salían de ésta, más que para cargar repentinamente cuando se trataba de separar a sus infantes o forzar un paso...».

En Arsouf (7 de julio de 1191), los jinetes mamelucos, los negros y las partidas beduínas, consiguieron envolver al ejército de Ricardo «Corazón de León», disparando sobre los caballos. «Entonces —dice otro testigo— la Caballería franca se forma en masa... y yo mismo vi a estos jinetes reunidos y dentro del recinto formado por su Infantería, abrazar sus lanzas y todos como un solo hombre lanzando sus gritos de guerra, pasar por los huecos que le abren sus peones y cargar...».

Otro ejemplo, que nos permite conocer los métodos de combate de los cruzados, puede ser el que sigue: En agosto de 1192, bajo los muros de Jaffa, el rey Ricardo es sorprendido. La escolta que le acompaña no se encuentra en condiciones de cargar; entonces desmontando los caballeros, toman posiciones, clavan profundamente en la arena sus escudos (éstos tenían la forma de un ciervo volando), y cogiendo sus pesadas lanzas establecen un círculo totalmente erizado de puntas de acero. Entre este escalón de piqueros, Ricardo establece a sus ballesteros en dos escalones. He aquí un sistema precursor de los cuadros de Infantería y de sus continuadoras: las posiciones «erizo» de las guerras modernas.

Parece estar plenamente comprobado que corresponde al gran cruzado Ricardo «Corazón de León», el honor de haber sido el iniciador en su época de dar un adecuado cometido a la Infantería, tan desdeñada injustamente hasta entonces por aquellos señores feudales. La misión que se marcó a los peones fue: recibir, parar o al menos frenar el choque inicial del enemigo; cubrir a la Caballería, oponiéndose y haciendo frente a los arqueros enemigos; y detenido el avance contrario, facilitar mediante su acción el incontenible ataque a caballo de los caballeros cruzados.

Es de hacer notar, también, que a pesar de las condiciones climatológicas y no obstante el agobiante calor en algunas jornadas, la Caballería Cruzada nunca renunció a sus pesados equipos, ni a su típica táctica. Y aunque los hechos probaron que ante los musulmanes las acciones de carga, desencadenadas en momento oportuno, daban la victoria, frente a un enemigo hábil y maniobrero, resultaba necesario no desconocer otras reglas tácticas elementales: la *reunión*, la *cohesión* y la *seguridad*. Aunque los primeros Cruzados olvidaban tales reglas, de vez en cuando sus descendientes, ya hijos del país, jamás las dejaron de emplear, mejorándolas por medio de interpretaciones afortunadas.

En el siglo XIII, la Caballería Occidental, por su evolución hacia una alta conciencia de clase penetrada de un sentimiento de superioridad y, lo que aún es peor, siempre dispuesta a subestimar a sus adversarios, se nos muestra totalmente transformada, y aunque briosa y con gran eficacia militar, un tanto desequilibrada. Esta fue la época de las «locas Caballerías», cuyo ejemplo más patente tal vez fuera el de la francesa, que sin la debida meditación, despreciando todo peligro, haciendo caso omiso de cualquier medida de prudencia, cabalgaba por los campos de batalla del Oriente. Ya en 1187 y en la

región del lago de Tiberiades, el rey Guy de Lusignan sufrió un desastre, por haber pretendido marchar contra Saladino durante una jornada tórrida y a través de unas colinas pedregosas y sin la menor señal de agua. Durante la noche, sus tropas extenuadas, de un efectivo de 1.500 caballeros y 20.000 peones, fueron totalmente envueltas por las huestes turcas.

4. *Efectos de las Cruzadas.*

Fueron muy diversos y un tanto desfavorables para el Arte Militar. Ennoblecieron el espíritu guerrero consagrándolo a un ideal de que antes carecía; consiguieron aproximar entre sí a los distintos elementos de la sociedad cristiana, creando entre los Estados frecuentes relaciones y atenuando el menosprecio y la tiranía de los señores feudales para con sus pueblos; consiguieron otras mejoras de orden económico, social, etc.; pero ni las ciencias ni las artes ni la cultura general progresaron paralelamente ante el cerril desentendimiento de los cruzados por las culturas y civilizaciones orientales; y, ciertamente, una de las artes menos favorecidas fue el de la guerra, pese a los múltiples años de combatir. Las discordias, la ineficacia de las proezas personales en perjuicio de la acción de conjunto, no podían trabajar en beneficio de las disciplinas militares. La Infantería, poco apreciada, mal instruída y armada, no podía rendir un servicio adecuado. La Caballería, con sus escuadrones de tipo pesado que trataban de maniobrar como tropas ligeras (acciones de vanguardia, raids, persecuciones, etc.), forzosamente no dio el deseado rendimiento. Lo propio puede decirse en cuanto a la acción combinada de ambas Armas, si se exceptúan algunos períodos, por ejemplo el de Ricardo «Corazón de León» y el de Luis IX, con alguna que otra excepción.

X. LA LITERATURA MILITAR DEL MEDIEVO

Los siglos XII y XIII fueron épocas de intensa curiosidad intelectual. Al lado de los cantos de las gestas y de los romances «cortesianos», se difundieron obras puramente didácticas, colecciones de fábulas, etc., muchas de ellas de carácter enciclopédico. Sin embargo, una literatura militar original no existía, entre otras razones, porque la guerra estaba tan sólo reservada a una clase restringida e ignorante, para la que lo esencial estaba circunscrito al valor indi-

vidual, a la fuerza del músculo y a la destreza como jinete, pero no al pensamiento ni al estudio e investigación. ¿Quién podía ser el osado de enseñar el oficio militar a guerreros de nacimiento? Ahora bien, si tal disciplina era imposible, otra cosa era cantar triunfos y adular la soberbia del señor; y así, centenares de canciones se encargaron de enaltecer las gestas y fastos de aquellos caballeros. La «Canción de Rolando» fue una de las más celebradas, pese a desarrollar en plan épico un oscuro asunto de retaguardia.

Cronistas, en latín o en otros idiomas, tales como Guillermo de Tyr, Ambroise de Villehardouin, Joinvilles y otros muchos, han relatado los múltiples episodios de las Cruzadas, cubriéndoles de colores pintorescos, suntuosos, y aún nimbándolos desproporcionadamente de aureola de leyenda y santidad. Sin embargo, también existieron excepciones, tal como el curioso ensayo de Juan de Meung, autor de la segunda parte del «Romance de la Rosa», que en 1284 se encargó de traducir el «De Re Militari» de Végece, escribiendo en prosa el «Arte de la Caballería». Tal ensayo, verdadera transposición de una táctica basada en el antiguo «orden legionario», aunque bastante deformado y paradójico, muestra que el autor, uno de los mejores espíritus de su tiempo, encontraba analogías entre el orden masivo y articulado de los romanos y los dispositivos de la Caballería. Sobre todo es de gran mérito que el autor ofrezca gran número de conceptos utilizables; marchas, campamentos, seguridad, material de sitio, servicios de campaña, etc., aplicables incluso a los ejércitos feudales. En todo caso, fue el primer síntoma de la influencia del arte militar antiguo, la que en el Renacimiento tendría pleno desarrollo.